

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Malik Tahar-Chaouch
Universidad Veracruzana

“Hirak, populismo revolucionario y dignidad en Argelia”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 63, enero-marzo de 2023, pp. 21-25.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

El 22 de febrero de 2019, inmensas manifestaciones invadieron las calles de las principales urbes argelinas para protestar en contra de la candidatura de Bouteflika a la elección presidencial, quien buscaba reelegirse por quinta vez. El *Hirak* (“movimiento” en árabe) mantuvo su carácter masivo durante meses, incluso tras el retiro de la candidatura del presidente y el aplazamiento de las elecciones, realizadas finalmente en diciembre de 2019 con una abstención récord. A la fecha, el movimiento sigue vigente, si bien fue decayendo; además tuvo que suspenderse durante la pandemia de Covid-19. En este artículo, después de una breve introducción sobre el contexto argelino y algunos rasgos del movimiento, desarrollaremos la hipótesis de la continuidad del populismo revolucionario –definido por el historiador Mohammed Harbi– desde la génesis del Frente de Liberación Nacional (FLN) que encabezó la independencia del país y sigue en el poder, hasta el *Hirak* (Harbi 1975 y 2021a). Se abrirá entonces una reflexión sobre la relación entre el movimiento y los derechos humanos en torno a la categoría de “dignidad” entendida como un *ethos* colectivo que desplaza la perspectiva.

Argelia

Argelia es una nación joven que surgió de la guerra de liberación nacional contra Francia (1954-1962), después de 132 años de colonización. En la independencia, se impuso un régimen de partido único bajo la tutela del ejército, que se definió como socialista pero se asemejaba más a un régimen nacional-popular con tintes socialistas. Después del fallecimiento del presidente Boumédiène, que gobernó el país con mano de hierro entre 1965 y 1978, Argelia tomó el camino de la libera-

HIRAK, populismo revolucionario y dignidad en Argelia

Malik Tahar-Chaouch

Desarrollaremos la hipótesis de la continuidad del populismo revolucionario –definido por el historiador Mohammed Harbi– desde la génesis del Frente de Liberación Nacional (FLN) que encabezó la independencia del país y sigue en el poder, hasta el *Hirak* (Harbi 1975 y 2021a). Se abrirá entonces una reflexión sobre la relación entre el movimiento y los derechos humanos en torno a la categoría de “dignidad”.

lización económica, seguida de una liberalización política y de la instauración del multipartidismo ya bajo la presión de la calle con los motines de octubre de 1988. Los resultados de la primera vuelta de las elecciones legislativas favorables al Frente Islámico de Salvación (FIS) motivaron la interrupción del proceso electoral por el ejército con el apoyo de varios partidos políticos en enero de 1992, iniciando un periodo de guerra civil llamado “década negra”, que terminó precisamente con la obra de “pacificación” lanzada por el presidente Bouteflika, llegado al poder en 1999. Después de una “primavera democrática”, de una guerra y de la restauración de la paz civil, y a

pesar del multipartidismo y de unas elecciones que produjeron desconfianza, el régimen siguió casi intacto. No obstante, Argelia se mantuvo al margen de la “primavera árabe” a inicios de la década pasada por el trauma de la guerra civil, la buena salud económica del régimen en ese momento y las reformas políticas cosméticas entonces emprendidas (Zoubir y Aghrout 2015). Cuando ya había pasado la ola de las “revoluciones árabes” y de sus desventuras, la candidatura de Bouteflika en un estado de senilidad avanzada, símbolo de la putrefacción del régimen, provocó la indignación popular, generando manifestaciones espectaculares a lo largo de todo el país.

El Hirak

El Hirak inició como un movimiento de protesta en contra de la reelección del presidente Bouteflika, pero rápidamente sus consignas rebasaron el tema de la reelección para enfilarse en contra del “poder mafioso y asesino” al grito de “fuera el sistema”. Equiparado con un despertar ciudadano, dominado por el vocablo del pueblo y caracterizado por su dimensión insurreccional, el movimiento reivindicó su carácter pacífico, cívico y festivo. Se celebraba su creatividad, madurez y alegría. La “revolución de la sonrisa”, como se le llamó (Slimani 2019), buscaba escapar al círculo vicioso de la represión, la violencia y las injerencias extranjeras, exorcizando los fantasmas del pasado e intentando escapar al destino de la “primavera árabe” que desembocó en escenarios de regresión autoritaria y guerra civil.

Se hizo mucho hincapié en la movilización de la juventud, cuya relegación nutre las migraciones hacia los países europeos. Las manifestaciones fueron invadidas por los cantos de los estadios de fútbol, que se habían convertido en un lugar privilegiado y politizado de expresión de la juventud en un contexto de restricción de los espacios públicos. Así, uno de los himnos del Hirak que denunciaba la política de Bouteflika y expresaba el malestar de una generación, *La casa del Mouradia*, había sido escrito por un grupo de aficionados del equipo USM Alger (Union Sportive de la Medina d’Alger). Sin embargo, el movimiento era transgeneracional y transclasista, e integraba sensibilidades sociopolíticas heterogéneas que iban desde posiciones liberales hasta aspiraciones a un cambio político y social radical, pasando por la perspectiva socialdemócrata. Del movimiento emergió la propuesta de organización de una

asamblea constituyente, descartada por el poder. Algo significativo fue que atrás quedó la polarización entre laicos e islamistas que había prevalecido en los años 1990. El nacionalismo era transversal a las distintas posiciones y constitutivo de la identidad del movimiento que ostentaba los símbolos nacionales y se ponía bajo la protección de los héroes de la guerra de liberación nacional. Su herencia se asumía en contra de la confiscación del régimen y de las tentaciones revisionistas. En última instancia, lo que se exigía era el cumplimiento de las promesas de la independencia.

Respecto a la “primavera árabe” y a sus efímeras y reducidas manifestaciones en Argelia, Hassan Remaoun evocaba la triada “ciudadanía-justicia social-identidad”, constitutiva de todos los movimientos sociopolíticos relevantes del mundo árabe después del choque colonial y la descolonización: la ciudadanía, vinculada con el impacto de las revoluciones burguesas; la justicia social, con la revolución bolchevique, y la identidad, con la tradición y el Islam en contacto con el mundo moderno (Remaoun 2015, 137-138). Las experiencias nacional-populares que buscaban realizar la síntesis entre esas tendencias, así como las vías liberal y socialista en las condiciones periféricas o las corrientes islamistas parecen haber llevado hacia callejones sin salida. El Hirak resulta entonces ser el terreno de experimentación de nuevas posibilidades vinculadas con las potencialidades radicales de la lucha anticolonialista. Aunque se inserte en un contexto global de insurrecciones populares, se debe considerar su singularidad, así como el hecho de que, en una suerte de inversión de la historia, el ciclo actual de protestas se extendió desde los países del Sur hasta el Norte, construyendo puentes entre los retos del presen-

te y el pasado que quiebran las narrativas históricas lineales.

El populismo revolucionario

En sus memorias videograbadas, Mohammed Harbi señala las continuidades de lo que conceptualizó bajo el término de “populismo revolucionario” desde la génesis de la gesta independentista hasta el Hirak (Harbi 2021a). De antemano, es imposible no reparar en el nexo entre el Hirak y las manifestaciones de diciembre de 1960, cuya irrupción selló la independencia nacional, obligando entonces al gobierno francés a negociar con el FLN. Harbi ubica los orígenes del populismo revolucionario en la Estrella Norteafricana (1928), el Partido del Pueblo Argelino (PPA) y el Movimiento por el Triunfo de las Libertades Democráticas (MLTD), fundados uno tras otro por Messali Hadj, usualmente reverenciado como el “padre” del nacionalismo argelino, pero después desplazado por el FLN que emergió de la escisión del MLTD, lo cual provocó la guerra fratricida entre el FLN y el Movimiento Nacional Argelino (MNA) fiel a Messali, especialmente en la metrópoli. Si bien la Estrella Norteafricana se fundó en Francia en el contexto de la emigración argelina obrera, desprendiéndose del partido comunista, el historiador argelino resalta su carácter plebeyo, transclasista y subalterno que se desmarcaba de las ideas comunistas para impulsar la consigna de la independencia nacional (Harbi 1975).

La tensión entre la unificación del movimiento nacional y los anhelos de las masas desheredadas es constitutiva del principal debate historiográfico respecto a la guerra de liberación nacional, dado que en Argelia el discurso oficial habla de “revolución argelina”. En su declara-



Sara Faya: *Dualidad*

ción del primero de noviembre de 1954, cuando inició la lucha armada, el FLN prometió justicia, democracia e igualdad, puntualizando que bajo el régimen colonial solo eran engaños; pero el objetivo de la liberación nacional se realizó en detrimento de dichas promesas, por lo que se suele cuestionar la pertinencia del término “revolución”. Sin embargo, el aspecto revolucionario del proceso es innegable. En primer lugar, como lo recuerda Malika Rahal en su libro sobre el año 1962, cuando el país accedió a la independencia, Argelia es el único caso conocido de una colonización de poblamiento enteramente revertida, lo cual solo fue posible con la movilización de las masas y partió el tiempo entre un antes y un después, siendo eso por sí mismo revolucionario (Rahal 2022). Por otro lado, hay que prevenir todo reduccionismo, ya que el proyecto revolucionario rebasaba tanto la concepción burguesa del Estado-nación como la visión marxista de la lucha de clases, dando lugar a los “condenados de la tierra” como lo puntualizaba el último libro de Fa-

non (1963). Estaba la perspectiva de la “socialización de la riqueza”, es decir, de compartir dicha riqueza pero en otras condiciones. Después de la independencia, hubo un esbozo de socialismo autogestivo. Sin embargo, Harbi, que fue asesor del presidente Ben Bella antes del golpe de Estado de Boumédiène en 1965, señala que fue un programa mal visto, marginal y rápidamente desvirtuado (Harbi 2021b). Desde la toma del poder por el ejército de las fronteras, en 1962, e incluso dentro de la misma guerra de liberación nacional marcada por las pugnas facciosas entre los dirigentes del FLN, la revolución había sido neutralizada e incluso traicionada.

A casi sesenta años de la independencia nacional, el Hirak surgió hasta cierto punto como un movimiento de actualización de la herencia revolucionaria del anticolonialismo en un contexto poscolonial, si bien no estrictamente neocolonial. Desde luego se reclama una democracia efectiva, pero la demanda difícilmente puede quedarse en los límites de una transición liberal que fa-

voreció el statu quo e innumerables infortunios. Ciertamente el ideal socialista no se reduce a los regímenes burocráticos, pero tampoco se puede evitar sacar las consecuencias de la incipiente experiencia argelina del socialismo, aunque se prefiera hablar de “capitalismo de Estado” y, en el caso argelino, siguiendo a Harbi, de un “estatismo” calcado sobre el aparato burocrático colonial que, más que un Estado, conformó un “poder” (Harbi 2021c); y la expresión “poder argelino” para referirse al régimen fue interiorizada por el lenguaje común. Ambas doctrinas y sus aplicaciones en países no-europeos antes equiparados al “tercer mundo” han mostrado sus límites. Finalmente, la indefinición populista que conlleva una relación ambivalente con la mundialización neoliberal y el pasado nacional-popular propicia la parálisis del movimiento.

En definitiva, el problema se plantea en términos de continuidad colonial o profundización de la descolonización que, al mismo tiempo que integra los elementos

de la democracia, el cambio social y la identidad, es indisoluble en la modernización liberal, el eurocentrismo socialista y la concertación nacional-popular. Harbi resaltaba el carácter autoritario del populismo revolucionario y, retomando el concepto gramsciano de revolución pasiva, concluyó que la revolución argelina había sido conducida bajo “modalidades que impiden el desarrollo de una conciencia popular, nacional, extensa y operativa”, donde “las élites se apoyan en la intervención popular, sin que esta pese en los objetivos del movimiento” (Harbi 2019). El Hirk, entendido como un movimiento “venido de abajo contra la desposesión y la opresión” (ibíd.), desvela las potencialidades democráticas y la propia potencia social del populismo revolucionario, donde la “plebe” irreductible a visiones preconcebidas tampoco está condenada a vagar en la indeterminación populista.

La dignidad

En el discurso de los manifestantes, una palabra aparece recurrentemente: “dignidad”. El término puede parecer vago y blando. El filósofo Norman Ajari revela, al contrario, que está cargada de materialidad y radicalidad cuando emerge de una historia de deshumanización (Ajari 2019). Desde luego, se trata de algo distinto a la dignidad de la persona humana tal como la concibe el pensamiento europeo y, por ende, la declaración universal de los derechos humanos.

En Argelia, intelectuales, activistas y organizaciones militan por los derechos humanos, tanto dentro del país como desde afuera, dado que son un blanco privilegiado de la violencia política. Durante la “década negra”, caracterizada por la violencia del Estado y de los grupos islamistas armados, hubo un auge del tema de los derechos humanos, siendo sus violaciones

sistemáticas y especialmente insostenibles. Muchos militantes de los derechos humanos estuvieron involucrados en el Hirk o se solidarizaron con él. Dentro del mismo movimiento, se apeló a los derechos humanos cuando inició la ola de arrestos arbitrarios. Los derechos humanos definen un campo de luchas y constituyen un espacio de repliegue para militantes que encuentran un respaldo internacional y herramientas jurídicas para denunciar la violencia de Estado.

No obstante, son un arma de doble filo. En primer lugar, no pueden sustituirse a la perspectiva de un cambio sociopolítico como condición de la consolidación de los derechos de la mayoría. Asimismo, las circunstancias que dieron origen a su definición y su misma concepción son problemáticas. En Argelia, resulta difícil disociarlos del pasado colonial, donde el pensamiento europeo que los promulgaba estuvo involucrado en la deshumanización de la población entonces reducida a un estatus inferior de “indígenas”. Por otro lado, son un instrumento del imperialismo occidental y un componente del nuevo orden mundial conformado bajo su hegemonía, donde el concepto de “guerra justa” legitima intervenciones militares y cuyos aparatos legales están subordinados a las relaciones de fuerza internacionales. Finalmente, mientras se observa una expansión planetaria de las instituciones que supervisan la aplicación de los derechos humanos, al mismo tiempo que esos derechos pretenden ser cada vez más extensivos e incluyentes, las violaciones, restricciones y discriminaciones están más que nunca a la orden del día. Los mismos regímenes represivos firman acuerdos internacionales en materia de derechos humanos, violándolos enseguida con el beneplácito frecuente de sus aliados occidenta-

les. El orden moral de los derechos humanos respaldado por instancias internacionales, gobiernos y organizaciones no gubernamentales tiende más a acompañar que a revertir la violencia sistémica. Dichos derechos concebidos como una positividad abstracta en las condiciones de esa violencia contienen su propia negación y, por tanto, conforman una ideología.

En vísperas de la independencia argelina, en lo que puede considerarse como su testimonio, Frantz Fanon invitaba a no perder “el tiempo en estériles letanías o en mimetismos nauseabundos” y a dejar “a esa Europa que no deja de hablar del hombre al mismo tiempo que lo asesina dondequiera que lo encuentra, en todas las esquinas de sus propias calles, en todos los rincones del mundo”, para concluir que “el hombre europeo” había fracasado en llevar “el problema del hombre a un nivel incomparablemente superior” (Fanon 1963, 158-160). Se trataba indudablemente de una crítica a la ideología de los derechos humanos, a sus pretensiones universalistas y a sus promesas de humanización vinculadas con el provincialismo occidental que participaban de la deshumanización generalizada, especialmente en territorios colonizados donde se negaba el derecho de otros a tener derechos, como se suele decir ahora.

En fin, esas ideas son bien conocidas, aunque a menudo se pasan por alto. La categoría de dignidad como algo irreductible, ya central en el pensamiento de Fanon y la lucha anticolonialista, remite a un *ethos* colectivo totalmente distinto, es decir, ubicado y concreto que puntualiza el vacío de derechos. El Hirk se levantó ante la *hogra*, término proveniente del árabe dialectal que connota el abuso de poder, el desprecio, la opresión y la injusticia. La inminencia de la reelección de Bouteflika pactada por los clanes del

poder era ya demasiado pisoteo, humillación, *hogra*. Así, la afirmación de la dignidad emerge como negación de la opresión y desposesión vivida y corporeizada en una larga historia de violencia y deshumanización donde el hombre y sus derechos no son postulados y enseguida negados, sino exigidos, siendo inseparables de un cambio sociopolítico mayor sin el cual los derechos son letra muerta.

Conclusión

Por lo pronto, el Hirak se encuentra en un estado de estancamiento. Así como ocurrió con la “primavera árabe”, nada es como antes, pero todo sigue igual. Las alternativas emergen de la acción colectiva, pero indudablemente hace falta una visión, un proyecto y una estrategia común. Aquí se esbozó el indicio de las potencialidades decoloniales del populismo revolucionario para romper el círculo vicioso del autoritarismo y de la mundialización neoliberal más allá de los límites del capitalismo y de la modernidad occidental. Desde esta óptica, resaltamos la categoría de dignidad como contrapunto a la ideología de los derechos humanos. Para muchas mentes contemporáneas, un mundo sin derechos humanos sería la barbarie. Ya es la barbarie, y la dignidad reclama lo que se le debe. **LPyH**

REFERENCIAS

- Ajari, Norman. 2019. *La dignité ou la mort. Éthique et Politique de la race*. París: La Découverte.
- Fanon, Frantz. 1963. *Los condenados de la tierra*. México: FCE.
- Harbi, Mohammed. 1975. *Aux origines du F.L.N. : le Populisme révolutionnaire en Algérie*. París: Christian Bourgeois.



Fernando Velarde Cruz: *Luz sobre cuerpo*

- 2019. <https://blogs.mediapart.fr/robi-morder/blog/311019/1er-novembre-1954-une-declaration-de-mohammed-harbi>.
- 2021a. Memorias, entrevista 23. <https://www.youtube.com/watch?v=mGVGOolTkII&t=4s>.
- 2021b. Memorias, entrevista 14. <https://www.youtube.com/watch?v=30LfSuLxUQ0>.
- 2021c. Memorias, entrevista 16. <https://www.youtube.com/watch?v=SSdHYnI5mAA>.
- Rahal, Malika. 2022. *Algérie 1962 : une histoire populaire*. París: La Découverte.
- Remaoun, Hassan. 2015. “Identidades colectivas y problemas de ciudadanía en el mundo árabe contemporáneo: sobre la primavera árabe”. En *Protestas, conflictos y cambio político en el mundo árabe y América Latina*, 129-141. Xalapa: uv.
- Slimani, Sarah ed. 2019. *La révolution du sourire*. Argel: Ed. Frantz Fanon.
- Zoubir, Yahia y Ahmed Aghrout. 2015. “Reforma política a la argelina: eludir la primavera árabe”. En *Protestas, conflictos y cambio político en el mundo árabe y América Latina*, 143-167. Xalapa: uv.
- Malik Tahar-Chaouch** es doctor en Estudios de las Sociedades Latinoamericanas del Institut des Hautes Études de l’Amérique Latine-Paris III. Investigador del IHS (UV). Miembro del SNI, nivel III. Líneas de investigación: religión y política, y élites y cambio político, vinculados con la acción colectiva.